11

LOS CESANTES,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL

DE JOSÉ MOTA Y GONZALEZ.

Estrenado con buen éxito en el teatro de Cervantes de Sevilla, en la noche del 17 de Abril de 1874, por la compañía dramática que actuaba en dicho coliseo, bajo la direccion del eminente actor D. Pedro Delgado.

Al Liceo Sevillano

El autor

SEVILLA: 1874.
Imp. de Salvador Acuña y Compañía.
Colon 26.



Á SUS AMIGOS

LOS DISTINGUIDOS ESCRITORES DRAMÁTICOS

D. MANUEL CANO Y CUETO

Y

D. JOSÉ SANCHEZ ARJONA,

DEDICA

ESTE HUMILDE TRABAJO,

El Autor.

PERSONAGES.	ACTORES.
MARÍA.	D.ª AMPARO PEÑARANDA.
LUIS.	D. RICARDO MELA.
RAFAEL.	» FRANCISCO GOMEZ.
PEDRO.	» RAMON PORTES.

La accion es contemporánea.—Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

ACTO ÚNICO.

Gabinete pobre: una puerta á la derecha; otra más pequeña de una sola hoja, con una claraboya practicable encima, á la izquierda.—En el centro de la escena una cama de bancos y tablas, con un jergon, dos almohadas, una sábana, un cobertor y una colcha; cuatro sillas desvencijadas; sobre una de ellas un canastillo, el que contendrá algunos cordeles, un rollo de cartulina, unas tijeras y algunos alfileres.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, sentado sobre la cama, estará sin levita, chaleco ni zapatos.—A poco MARÍA.

LUIS. ¡Las cinco de la tarde y sin parecer! ¡Jesus, qué frio hace! ¡Valiente Madrid! Si yo aquí dentro estoy temblando de frio, él con una mala levita y por esas calles, ¡qué tiritones no estará pegando! Siento pasos. *(Se dirije á la puerta de la derecha y mira por el agujero de la cerradura.)* La vecina. Pobre mujer, la he hecho creer que estoy enfermo y viene á cada momento á visitarme.

MARIA. *(Dentro.)* Se puede pasar?

LUIS. *(Entrando con prontitud en la cama.)* Adelante.

MARIA. *(Dentro.)* Pues tápese usted bien.

LUIS. Entre usted sin temor, que tengo cubierta hasta la punta de la nariz.

MARIA. *(Entrando por la puerta derecha con una taza y un plato en la mano.)* ¿Cómo se encuentra usted?

LUIS. Regular.

MARIA. Aquí le traigo otra tacita de caldo.

LUIS. Haga usted el favor de cambiarme esa sustancia por otra más sólida.

MARIA. Mañana le traeré el pico de una rosca.

LUIS. ¡El pico! Cuatro ó cinco enteras.

MARIA. Bueno, mañana se las traeré, ahora tome usted el caldo. Está para beberlo.

LUIS. (*Sentándose.*) Venga.

MARIA. Pero no se destape usted más que lo preciso.

LUIS. (*Tomando la taza y el plato.*) Corriente. (*Ap.*) Esta hace la treinta, y me planto; yo no tomo la treinta y una. (*Probando el caldo.*) ¡Jesus!

MARIA. ¿Está caliente?

LUIS. No, señora.

MARIA. Entonces...

LUIS. Voy á tomarla. (*Ap.*) ¡Dios mio, acepta este sacrificio! (*Bebe.*) Gracias, doña María, coloque usted ese plato y esa taza sobre una silla y siéntese en otra; pero con cuidado, porque se están desbaratando.

MARIA. Lo sé. El otro dia fuí á sentarme en una y en nada estuvo que no diera un batacazo. Gracias á que conservo muchas fuerzas en las piernas.

LUIS. Yá! pues si conserva usted todavía tantas fuerzas en ese sitio, siéntese sin temor. (*Se sienta María.*) Doña María, ¿qué opina usted de la tardanza de Rafael? ¿Le habrá sucedido algo?

MARIA. ¿A qué salió?

LUIS. A empeñar mi levita, porque no teníamos absolutamente que comer.

MARIA. Pues hasta que no gaste el último céntimo del dinero que le hayan dado por el empeño, no vuelve por aquí.

LUIS. ¿Será capaz?

MARIA. De todo. Aún estoy aguardando un perol y un almirez que me pidió prestados para machacar no sé qué cosa.., ¿Qué habrá hecho de ambos objetos?

LUIS. No lo sé.

MARIA. ¿Por qué hizo usted amistad con ese calavera.

LUIS. Por lástima.

MARIA. ¿De qué pueblo son ustedes?

LUIS. De Sevilla.

MARIA. ¡Ola, andaluces! ¿Y á qué han venido á Madrid?

LUIS. En busca de destino.

MARIA. ¿Han sido ustedes empleados alguna vez?

LUIS. Sí, señora; hemos estado sirviendo mucho tiempo en Fomento; pero nos dejáron cesantes en Vigo y...

MARIA. ¡Qué coincidencia! En Vigo y por ese tiempo me quedé tambien cesante.

LUIS. ¡Cesante usted!

MARIA. El empleado era mi marido; pero el mismo dia que le quitaron el destino me abandonó el muy tunante y esta es la hora que no ha parecido.

LUIS. Ahora comprendo. Su esposo quedó cesante de su destino, y usted quedó cesante de su esposo.

MARIA. Sí señor, eso es.

LUIS. ¿Y estaba tambien empleado en el ramo de fomento?

MARIA. ¡Cá! no señor; mi marido no sirve para fomentar.

LUIS. ¿Qué dice usted, señora?

MARIA. Lo que está usted oyendo: es incapaz de desempeñar un destino de esa categoría; no era mas que portero de no sé qué oficina.

LUIS. ¿Y no ha vuelto usted á saber nada de él?

MARIA. Hace unos dias me he enterado de que anda por las calles de Madrid vendiendo tabaco de contrabando.

LUIS. ¡Preciosa profesion!

MARIA. Pero pobre de él cuando lo encuentre; porque le salto los ojos, le arranco la lengua y le quiebro las manos para que no vuelva á jugar una carta.

LUIS. ¿Tenia el asqueroso y denigrante vicio del juego?

MARIA. Sí; esa fué precisamente la causa de nuestra separacion.

LUIS. Es el vicio mas malo que puede tener una criatura, y voy comprendiendo que el tal Rafaelito ha jugado mi levita, la ha perdido y le cuesta trabajo volver por aquí.

Voy á buscarlo. *(Saliendo con prontitud de la cama.)*

MARIA. *(Levantándose de la silla en que está sentada y tapándose la cara con ambas manos.)* Quieto, don Luis, vuelva usted á entrar corriendo en la cama, que soy una señora y no debo verlo en calzoncillos.

LUIS. Tengo puesto pantalones.

MARIA. *(Separando las manos de la cara.)* Eso es otra cosa. ¿Y ha pasado usted la enfermedad con ellos?

LUIS. Sí señora, porque hace dos años que no se separan de mis carnes.

MARIA. ¿Pero no cambia usted de calzoncillos?

LUIS. Nó señora.

MARIA. ¡Jesus! ¿Y cómo puede usted aguantarlos tanto tiempo?

LUIS. No los aguanto, doña María, porque no los uso.

MARIA. ¡Pobre hombre!

LUIS. Es mucha, mucha la miseria en que estoy.

MARIA. Mas ¿qué veo? ¡Acaba usted de salir de una enfermedad y tiene los piés en el suelo!

LUIS. No puedo ponerlos en otro sitio. Rafael se llevó mis botitos á componer y, como no ha vuelto...

MARIA. Si le estuvieran á usted bien unos zapatos mios.

LUIS. Creo que sí, porque desde que me dejaron sin destino, todo el calzado que me dan ó me prestan, le cae muy bien á mis piés.

MARIA. Entonces voy por ellos. *(Váse por la puerta derecha.)*

LUIS. Como usted quiera.

ESCENA II.

LUIS, á poco RAFAEL.

LUIS. ¡Pobre mujer, qué buenos sentimientos tiene! ¡Cáspita! ¿Hará frio ó lo tendré yó? ¡Qué duro es tener hambre y no tener que comer! Ay, Rafael, Rafael. Si te viera entrar en este momento por esa puerta, no sé qué te haria.

RAF. (*Entrando por la puerta de la derecha con una levita abrochada hasta el cuello y un sombrero de copa algo ridículo.*) Buenas tardes, Luis.

LUIS. ¿Pareciste yá?

RAF. Chico, dispensa que me haya entretenido. ¡Valiente frio hace por las calles de Madrid!

LUIS. Hojalá te hubieses quedado tieso al volver de una esquina.

RAF. Gracias. ¡Pues tienes buen modo de recibirme!

LUIS. Dame el dinero que te han dado por el empeño de mi levita.

RAF. ¿El dinero?

LUIS. ¿No lo traes?

RAF. Cálmate, Luis, que cuando sepas...

LUIS. No quiero saber nada. Venga el dinero.

RAF. Pues chico, no traigo un cuarto.

LUIS. ¡Ah perro!

RAF. Pero si no te traigo dinero, en cambio te traigo esperanza.

LUIS. ¿Conque á las cincuenta y dos horas de andar por esas calles te vienes sin dinero y con esperanza! Voy á romperte la cabeza. (*Tomando una silla.*)

RAF. (*Cruzándose de brazos.*) Pártemela, no haré la menor resistencia.

LUIS. Está bien; sal para siempre de esta casa.

RAF. ¿Y el juramento que hicimos de no separarnos?

LUIS. Tú has faltado á él. Se dijo que una rosca que hubiera sería de los dos, la mitad para cada uno.

RAF. Cierto.

LUIS. Dime, condenado, ¿cuántas roscas te has comido desde que salistes de esta casa?

RAF. Qué sé yo; muchas.

LUIS. Muchas ¿eh? Pues yo no he tomado más que muchas tazas de caldo. Conque hemos concluido; por esa puerta se sale á la calle.

RAF. Está bien; voy á marcharme, mas lo hago con el consuelo de dejarte con un buen estino.

LUIS. ¿Me tienes buscado un destino? Habla.

RAF. Luisillo, me he dado de cara con la fortuna; he encontrado nada menos que al hombre que nos hacia falta.

LUIS. ¿Qué hombre es ese?

RAF. Un marqués relacionado con lo principal de Madrid y que maneja á los ministros así, con la punta del pié.

LUIS. ¿Y te ha ofrecido colocarnos?

RAF. Todavía no me ha ofrecido nada, porque nada le he pedido.

LUIS. ¿A cuándo aguardas?

RAF. No temas, que el destino es seguro y bueno, porque el señor marqués está en la creencia de que yo soy un conde que vive en compañía de un baron, que lo eres tú.

LUIS. Yó! Despacio, Rafael, despacio. Vamos á cuentas. ¿Quién le ha hecho creer á ese señor que tú eres conde y yó un noble baron arruinado?

RAF. ¿Quién habia de ser? Yó.

LUIS. Rafael, por Dios, mira que no estoy para bromas, que me estoy muriendo de necesidad y...

RAF. Te juro que es verdad cuánto te estoy diciendo.

LUIS. Adelante. ¿Dónde conocistes á ese marqués?

RAF. En la sala de juego del casino.

LUIS. Malo, Rafael; ese es otro marqués como tú conde.

RAF. Tengo la certeza de que es un título de Castilla; primero, porque los camareros de la pastelería Suiza le llamaban señor marqués, y segundo, porque me costeó una espléndida y magnífica cena.

LUIS. ¿Te convidó á cenar?

RAF. Sí.

LUIS. ¿Admitirias desde luego?

RAF. ¿Qué querias que hiciera?

LUIS. Nada, cenar; y yo mientras tanto... (*bostezando.*) ¿Comistes mucho?

RAF. Regular; pero chico, ¡qué modo de engullir tenia el marqués!

LUIS. Tragaba mucho, ¿eh? Pues mira, Rafael, el dia que yo pueda disponer de alguna canti-

dad decente, ni tú, ni el marqués, ni toda la nobleza del Universo reunida, han de comer lo que yó.

RAF. No puedes competir con él.

LUIS. Lo veremos. Tú no conoces todavía el desarrollo de mi estómago; tengo muchas comidas atrasadas.

RAF. Pronto las desquitarás; porque al despedirme del señor marqués, le brindé con mi casa y ha ofrecido venir á visitarme en punto de las oraciones.

LUIS. ¡Qué barbaridad! ¿Y vás á tener valor para recibir en este camaranchon á todo un señor marqués de quien esperas un destino?

RAF. ¿Y dónde quieres que lo reciba?

LUIS. En los infiernos. No comprendes que en el momento que ese señor entre por la puerta y vea nuestros pocos y estropeados muebles adivinará que ésta no puede ser la noble vivienda de dos hombres de categoría, de dos ilustres personajes.

RAF. Es verdad.

LUIS. Ya verás lo que tarda en enterarse de que tú no eres conde.

RAF. Eso es, ni tú baron.

LUIS. Eh, alto ahí; que yo seguiré siendo varon mientras viva, y no habrá en todo el mundo un solo hombre que pueda privarme de ese título, á menos que no me prive de la vida.

RAF. Bien. Pero ¿cómo ha de enterarse de que tú y yó no somos dos caballeros distinguidos?

LUIS. De la manera más sencilla del mundo; en cuanto se siente en una de nuestras sillas y dé un batacazo.

RAF. Tienes razon. Es preciso componerlas al momento.

LUIS. Lo que es preciso que compongamos cuanto ántes es toda la habitacion. Por lo pronto, esa cama no puede continuar donde está.

RAF. La colocaremos allí dentro. (*Señala á la puerta izquierda.*)

LUIS. Ahí no cabe, y aunque cupiera, ¿quién era

el cristiano que dormia luego en ella?

RAF. La llevaremos al cuarto de la vecina.

LUIS. No es necesario. Ya la tengo arreglada. Ayúdame. (*Toma dos sillas, las pone para abajo uniendo los espaldares por arriba. Rafael ejecutará con prontitud las órdenes que le vaya dando Luis.*) Trae ese colchon, colócalo sobre los espaldares de estas dos sillas. (*Lo coloca.*) Dame ese cobertor. (*Cubriendo el jergon y las sillas con él.*) ¿Qué tal?

RAF. ¡Soberbio! Una banqueta. (*Intentando sentarse en ella.*)

LUIS. (*Impidiéndolo.*) Quieto! No vayas á sentarte, demonio.

RAF. ¿Por qué?

LUIS. Porque tiene los muelles muy flojos y puedes dar un batacazo.

RAF. Es verdad.

LUIS. Ahora ayúdame á trasportar esos bancos y esas tablas más hácia el centro. (*Coje cada uno un banquillo y conducen ambos objetos hácia el proscénio.*) Dáme esa sábana. (*Cubriendo las tablas con ella.*) Áhí tienes una mesa.

RAF. Magnífica.

LUIS. Y para probarte mas mi amistad, desde el momento en que se presente el señor marqués seré tu criado, no olvides tratarme como á tal.

RAF. Convenido. ¿Y si el marqués me pregunta por el señor baron?

LUIS. Le dices que ha salido á pasear.

RAF. ¡Ay, Luisillo, qué buen talento tienes!

LUIS. Sí, desde que no tomo más alimento que caldo se me han aclarado los sentidos. Vaya; dame tu levita, porque el criado de un conde no debe tener esta facha.

RAF. Tienes razon. Mas tampoco un conde debe recibir á todo un señor marqués en camisa.

LUIS. Justo, debe recibirlo de bata.

RAF. ¿Y dónde encuentro esa prenda?

LUIS. (*Presentando la colcha.*) Aquí.

RAF. (*Quitándose la levita.*) Pues es verdad. Dime, ¿y cómo me coloco eso?

LUIS. Yo te la arreglaré. (*Saca del canasto dos cordelillos y unas tijeras, y tomando la colcha por uno de sus estremos la sujeta al cuello de Rafael con una de las cuerdas; con las tijeras rasga la colcha por ambos lados para que saque los brazos, y finalmente, con el otro cordel se la sujeta á la cintura.*)

RAF. (*Al sentir el cordel al cuello.*) No aprietes tanto, que vás á romperme la tirilla que es de papel.

LUIS Yo te cortaré luego otra. Ya está. Ahora voy á abrir dos agujeros para que saque los brazos. (*Corta la colcha.*) Sácalos. (*Rafael al sacar los brazos mostrará una camisa de color muy oscuro.*) Bien, soberbia camisa; tiene casi el mismo color de la colcha.

RAF. Como que el último lavado lo llevó hace dos meses. ¿No te acuerdas?

LUIS. ¡No me he de acordar! si me tocó lavártela. (*Al concluir de amarrar el cordel á la cintura de Rafael.*) Ya está arreglado el señor conde (*poniéndose la levita*) y su criado. Ahora solo nos falta una luz, porque vá oscureciendo y...

RAF. Es verdad. ¿Dónde tienes el cabo de vela que me traje del Casino?

LUIS. ¿El cabo?

RAF. Sí.

LUIS. Ese cabo lo convertí anteanoche en soldado; anoche lo hice trompeta, y finalmente...

RAF. Vamos, acaba de decir que lo has fusilado.

LUIS. Claro.

RAF. Si la vecina quisiera prestarnos un belon.

LUIS. Contenta la tienes; hace pocos momentos me estaba preguntando por su perol y su almirez.

RAF. ¿Y qué le dijistes?

LUIS. Que yo no entendia nada de eso.

RAF. Pues tú te has comido la mitad del dinero que dieron por su empeño.

LUIS. No te lo niego, ni te negaré tampoco que

me he cenado la otra mitad de lo que dieron algo mas tarde por el empeño de la papeleta, y lo que estoy sintiendo en este momento es no poderme merendar algo del usurero que nos la empeñó. Mas alguien llega. (*Mirando por la cerradura.*) La vecina. Prepárate á recibirla.

RAF. Y tú á pedirle el belon.

ESCENA III.

DICHOS. MARIA, por la puerta derecha con unos zapatos en la mano.

MARIA. Vaya, vecino, aquí tiene usted los zapatos. (*Dándoselos.*)

LUIS. (*Tomándolos y poniéndoselos.*) Muchas gracias.

MARIA. ¡Hola! ¿Pareció ya este caballerito?

RAF. Qué quiere usted! Me encontré á un pariente rico, muy rico, inmensamente rico.

MARIA. ¿Usted tiene un pariente rico?

RAF. (*Ap. á Luis.*) Pídele el belon.

LUIS. (*Ap. á Rafael.*) Pídeselo tú.

MARIA. Pues mire usted, nadie al verlo puede suponer que tenga un pariente tan rico como dice.

RAF. Pues es nada menos que un marqués: poco tardará usted en conocerlo, porque tendré la alta honra de presentarla...

MARIA. ¿Dónde me vá usted á presentar?

RAF. A mi tio el marqués. Vea usted el aspecto que le hemos dado á la habitacion para recibirlo.

MARIA. Ya estaba yo estrañando...

LUIS. Vaya, doña María, vea usted qué bien me están los zapatillos; mis piés parecen de goma.

MARIA. Es verdad. (*Fijándose en los muebles de la habitacion.*)

RAF. (*Ap. á Luis.*) Este es el momento de pedirle el belon. Anda con ella.

LUIS. (*A Rafael.*) Que no se lo pido.

RAF. (*A Luis.*) Anda al infierno.

MARIA. Parece el cuarto otra cosa.

RAF. ¿Es verdad, doña María? Ya vé usted lo que hacen los muebles. Ahora solo nos falta una luz, y si usted quisiera prestarnos su belon...

LUIS. *(Ap.)* Se armó la gorda!

MARIA. ¿Y tiene usted valor para pedirme el belon, cuando todavía no me ha devuelto nada de lo que me ha ido pidiendo?

RAF. Advierto á usted que es únicamente por los momentos en que esté aquí mi tio.

MARIA. ¡Su tio! Vaya usted al infierno. Ahora comprendo el cambio de muebles y la supuesta venida de su tio, que no existe.

RAF. ¿Pero duda usted?

MARIA. ¡Pues no he de dudar! Si tuviera usted un pariente tan rico como dice, aunque fuera muy lejano, ¿tendría usted esa facha?

RAF. ¿Oyes esto, Luis?

LUIS. Rafael, ya lo estoy oyendo.

RAF. Anda, díle si es ó no verdad que estoy esperando á mi tio.

MARIA. ¿Qué me ha de decir, si todo esto es una farsa para *atraparme* el belon?

LUIS. *(Ap.)* Cualquiera le hace creer lo contrario.

MARIA. Y diga usted, ¿dónde están mi perol y mi almirez?

LUIS. *(Ap.)* Ya pareció aquello.

RAF. ¿El perol? ¿Usted pregunta por su perol?

MARIA. Sí señor.

RAF. Vamos á ver, Luis, ¿dónde está el perol de esta señora?

LUIS. Yo no he visto el perol de esa señora en la vida.

MARIA. *(Incómoda.)* ¿Lo está usted oyendo?

RAF. Y tiene razon, no lo ha visto; ya no me acordaba: cuando lo traia para acá se le rompió un aza y lo llevé á componer á la latería de la esquina.

MARIA. Voy ahora mismo á recojerlo.

RAF. No vaya usted, porque no se lo entregarán.

MARIA. ¿Cómo nó, si soy la dueña?

RAF. Porque el latero no la conoce á usted como á tal, y si no presenta usted la papeleta....

MARIA. ¿Qué es eso de papeleta?

RAF. La contraseña que me dió el latero para poder recojerlo y que no sé dónde anda.

MARIA. Nada de contraseña. Usted ha dicho papeleta, y eso me indica que lo ha empeñado usted.

RAF. ¡Oh! nó, señora.

LUIS. Sí, señora, lo ha empeñado. ¿A qué lo niegas?

MARIA. No sé como puedo contenerme! es usted un canalla, un... ¡Jesus! me ahoga el corage. Déme usted la papeleta del empeño ahora mismo.

LUIS. Tambien eso es imposible.

MARIA. ¿Por qué?

LUIS. Porque la ha empeñado tambien.

MARIA. ¡Jesus! este hombre es capaz de empeñar...

LUIS. Todos los muebles de una vecindad, sí señora; pero ya, gracias á la venida de ese tio, porque es verdad que lo estamos esperando, no tendrá necesidad de volver á empeñar nada; solo falta que contribuya usted á su dicha prestándole ese belon que le pide, y no dude usted que muy pronto obtendrá la remuneracion de tantos sacrificios como ha hecho por nosotros.

MARIA. No quiero remuneracion, lo que deseo es que no vuelvan á darme mas los buenos dias. (*Váse con prontitud por la puerta derecha.*)

RAF. Ahí tienes! creistes que conseguirias mas diciendo la verdad, y ya vés, lo hemos perdido todo. ¿Quién vá á prestarnos ahora esa luz que nos hace falta?

LUIS. Quién ha de ser, la vecina. Ahora mismo voy por su belon.

RAF. Creo que te vendrás sin él.

LUIS. Lo veremos. (*Váse por la puerta derecha.*)

ESCENA IV.

RAFAEL; á poco LUIS.

RAF. Pobre doña María! cuánta razon tiene para desconfiar de nosotros. Es muy seguro que

la mitad de sus muebles los hemos ido empeñando poco á poco. Pero ¡qué demonio! ¡si no teniamos que comer! ¡La necesidad obliga á hacer tantas cosas! Mas ya vamos á salir de la miseria en que estamos y pagaremos con largueza los muchos beneficios que por nosotros ha hecho.

LUIS. *(Entrando por la puerta derecha con un cabillo de vela encendido y colocado en el gollete de una botella.)* Cumplo lo que ofrezco. Aquí me tienes con la luz.

RAF. Pero chico ¿qué palmatoria es esa?

LUIS. Esto es lo que he encontrado. Un cabillo de cera que tenia la vecina dentro de la almohadilla de su costura y esta botella que tomé al paso, y sin que la viera, de su cocina.

RAF. Esa luz no está decente.

LUIS. Pero alumbra. Mas yo la arreglaré. Dame el pedazo de cartulina y los alfileres que están dentro del canastillo. Voy á formar un cucurucho para tapar la botella.

RAF. Soberbio.

LUIS. Cierra antes esa puerta, no se le antoje venir al señor marqués y nos sorprenda en la operacion. *(Rafael cierra la puerta derecha, saca del canasto la cartulina y los alfileres y se los dá á Luis; éste forma un cucurucho, sujetando la orilla de la cartulina con los alfileres. Esta operacion se hará sin interrumpir el diálogo.)*

RAF. Luisillo, el destino de más categoría será el tuyo, lo mereces. Dime, ¿te convendria el gobierno de una provincia?

LUIS. ¡Psch!

RAF. Cómo psch. Mira que es un destino que debe ser muy lucrativo.

LUIS. Lucrativos son todos los destinos como uno sepa lucrarse. Yo lo que quiero es ser administrador.

RAF. ¿En qué ramo?

LUIS. En cualquiera, porque dice un antiguo refran «que el administrador que administra y el enfermo que se enjuaga algo traga.»

RAF. Yá, y tú quieres tragar.

LUIS. Claro, quiero desquitar los dos años que llevo de cesantía.

RAF. Supongo, Luis, que los bienes que se adquieran seguirán siendo comunes como hasta aquí.

LUÍS. Como hasta aquí, nó, porque tú comes y yo me quedo en ayunas. Vamos, ya está la pantalla. Mira. (*Tapa la botella con el cucurucho, dejando la habitacion casi oscura.*)

RAF. ¡Soberbio! ya no se vé la botella.

LUIS. Pero tampoco nos vemos nosotros.

RAF. Mejor, con eso no reparará el marqués en nuestros estropeados muebles. (*Suena un golpe en la puerta derecha.*) ¿Han llamado?

LUIS. Sí. Colócate detrás de esa puerta (*izquierda*) y no salgas hasta que yo te llame.

RAF. Chico, por Dios, llámame pronto; bien sabes que ahí dentro...

LUIS. Bien. Cuando salgas lo harás dándote mucho tono, mucha importancia. Invitarás al señor marqués á que pase á la sala de estrado.

RAF. ¿Y dónde está ese estrado?

RAF. Detrás de esa puerta (*izquierda*).

RAF. ¡Demonio! Y si el marqués quiere pasar?

LUIS. Yo le impediré la entrada. Le hablas de muchos y buenos muebles, de lámparas soberbias traidas de la gran China. (*Suena otro golpe mas fuerte en la puerta derecha.*) Ya van. Ahora ocúltate. No olvides que soy tu criado. (*Abre la puerta derecha.*)

RAF. Está bien.

ESCENA V.

LUIS. RAFAEL óculto detrás de la puerta izquierda. PEDRO, que representará el tipo de un hombre estremadamente grueso, entrando por la derecha.

LUIS. (*Con acento gallego.*) Pase usted, señor.

PEDRO. Diga usted al señor conde que aquí le espera un caballero.

LUIS. Con mucho gusto. (*Dirigiéndose á la puerta izquierda.*) ¿Señor conde?

RAF. (*Con voz gangosa.*) ¿Qué quieres?

LUIS. (*Ap.*) ¡Cáspita! ¿si se habrá resfriado? (*Alto.*) Aquí esperan á usía.

RAF. Voy.

LUIS. Ya sale. Tome usted asiento.

PEDRO. Gracias.

RAF. (*Saliendo y dando la mano á Pedro.*) Hola, señor marqués...

PEDRO. Señor conde, fiel á mi palabra, he venido para conocer á su buen amigo el señor baron.

RAF. ¡Qué desgracia! Cuando llegué habia acabado de salir.

LUIS. Cierto, no sé como no lo encontró usía por las escaleras.

RAF. Poco tardará en volver. Pero tome usted asiento.

PEDRO. Vengo deslumbrado de la calle y no veo nada.

RAF. Es verdad, no habia reparado. Santiago, dá más luz á ese quinqué.

LUIS. (*Ap.*) Demonio, esto no lo habia previsto.

RAF. ¿Has oido?

LUIS. Sí señor; pero es el caso que la vista... es decir, la vista...

PEDRO. (*A Rafael.*) ¿Tiene usted los ojos malos?

LUIS. Sí señor, y el médico, que acaba de salir en este momento, ha prohibido terminantemente que le dé la luz.

PEDRO. ¡Oh! pues entonces no toque usted el quinqué; ya voy viendo mejor. ¿Y qué ha sido eso, señor connde? porque al separarnos...

RAF. Es afeccion que me ataca de repente. Si usted quiere pasaremos á ese otro gabinete y estará con mas comodidad en una butaca.

PEDRO. Como usted guste.

RAF. (*Con mando.*) Santiago, enciende la lámpara del salon de la sillería verde. Verá usted, señor marqués, qué bonita sillería.

PEDRO Tendré mucho gusto en admirarla.

LUIS. ¿La lámpara del salon ha dicho usía?

RAF. Sí, despacha pronto.

LUIS. (*Ap.*) ¿Dónde estará el salon, dónde la lám-

para y dónde esos muebles verdes?

RAF. ¿Qué te detienes?

LUIS. Voy, señor. (*Ap. á Rafael.*) Que me estás y te estás comprometiendo con tanto pedir.

RAF. (*Ap. á Luis.*) Como me dijiste qué la echara en grande...

LUIS. (*Id.*) Te aconsejé dijeras que tenias muy buenos muebles, mas nó que quisieras enseñarlos.

RAF. (*Id.*) Y qué le digo ahora?

LUIS. ¡Qué sé yo!

PEDRO. Vamos, comprendo lo que están hablando. El criado se niega á encender la lámpara por temor á que se le ponga la vista peor.

RAF. Cierto.

PEDRO. Nada, aquí estamos bien, ya estoy sentado. (*Se sienta.*) ¡Jesus! qué mareos tengo.

LUIS. (*Ap. á Rafael.*) Demonio, que ha ido á sentarse en la silla más rota y vá á dar un batacazo.

PEDRO. (*Levantándose.*) ¡Canario, que no puedo estar sentado!

RAF. ¿Qué es eso, está rota la silla?

PEDRO. Nó señor, es mi cabeza. Siempre que acabo de comer siento estos mareos, pero me pasan enseguida que fumo un cigarrillo.

RAF. ¿Quiere usted un puro?

PEDRO. Sí señor, porque con el deseo de venir á ver á usted no puse ninguno en mi petaca.

RAF. Santiago, sobre la tapa de piedra del estrado amarillo hay unos cigarros, tráelos.

LUIS. ¿Del estrado amarillo?

RAF. Sí, sobre la mesa de mosáico.

LUIS. Yá, sí; pero los que allí habia, se han concluido.

RAF. Son otros: es un cajon que me ha regalado mi primo el vizconde.

LUIS. Yá; ¿se lo ha regalado á usía el señorito su primo?

RAF. Sí.

LUIS. Pues no los he visto tampoco.

RAF. ¿Qué habias de ver, si estabas tú fuera cuando lo trajeron?

LUIS. (*Ap.*) Qué gana de comprometerme y comprometersel

RAF. Anda por ellos.

LUIS. Voy, señor. (*Ap.*) Sin duda cree éste que yo hago milagros. ¿De dónde saco esos puros? (*Abre la puerta izquierda.*)

RAF. Santiago, cierra esa puerta, que entra mucho aire.

LUIS. Está bien, señor. (*Ap.*) ¡Esto solo me faltaba! aquí dentro, en ayunas y con la puerta cerrada. (*Entra y cierra.*)

RAF. Conque volviendo al tema que dejamos al separarnos. Le decia que quiero la libertad de mi país, pero hermanada con el órden, y que para ello seria preciso aumentar el poder del pueblo restringiendo en parte el de los grandes.

PEDRO. Justamente. Balancear los derechos de cada uno.

RAF. Y dar el bienestar á todos. Pues esa es, amigo mio, mi política.

PEDRO. Y la mia.

LUIS. (*Sacando la cabeza por la clarabolla.*) ¡Jesus! Ya puedo respirar.

RAF. Bien sabe Dios, señor marqués, que no ambiciono riquezas; prueba de ello que las que tenia las he perdido...

LUIS. (*Ap.*) Al monte.

RAF. Por defender la libertad.

PEDRO. ¿Conque tan liberal ha sido usted siempre?

RAF. Sí señor, y siempre avanzando en ideas.

LUIS. Ya lo creo que avanzas, ya empeñas las levitas de los amigos y te tragas el dinero!

RAF. En mi pueblo me llamaban su salvador.

PEDRO. ¿De qué pueblo es usted?

RAF. De la Algaba.

PEDRO. No conozco esa ciudad.

RAF. Está en Extremadura.

LUIS. (*Ap.*) ¡Cuántos embustes está ensaltando! ¡Lo que hace la necesidad!

RAF. Vea usted, amigo mio; ayer no hubiera yo sido empleado por nada del mundo, y hoy, visto el estado de la política de nuestra

querida pátria, admitiria con gusto el gobierno de cualquier provincia.

LUIS. Ya lo creo.

RAF. Y mi amigo el señor baron, que es un matemático consumado.

LUIS. (*Ap.*) Consumido.

RAF. Admitiria tambien una administracion cualquiera.

PEDRO. Haré presente á los amigos su honroso deseo. (*Ap.*) Me parece que este conde no es lo que aparenta. (*Alto.*) Vaya, puesto que no vienen esos cigarros y me han pasado los mareos, me sentaré. (*Sobre la banqueta.*)

RAF. (*Queriendo impedirlo.*) Ahí nó.

PEDRO. En cualquier parte. (*Se sienta y cae.*) ¡Jesus!

LUIS. (*Ap.*) Ya hizo pedazos la banqueta.

RAF. ¿Se ha hecho usted daño?

PEDRO. Me he reventado.

RAF. ¡Cuánto lo siento!

PEDRO. (*Queriendo levantarse.*) ¡Ay! Pero ¿qué demonio tiene esta banqueta?

RAF. (*Ayudando á levantarlo.*) El bruto de mi criado, que de tirarse sobre ella le habrá aflojado los muelles.

PEDRO. ¡Ay! ¡qué muelles ni qué berenjenas!

RAF. ¿Quiere usted un poco de agua?

PEDRO. Sí señor.

RAF. ¿Con azucarillos?

PEDRO. Con cualquier cosa.

RAF. Santiago! Santiago!

LUIS. (*Saliendo.*) Señor...

RAF. Un poco de agua, pronto.

LUIS. (*Ap. á Rafael.*) ¿De dónde la saco?

RAF. (*A Luis.*) Un esfuerzo, Luis, un esfuerzo y nos hemos salvado.

LUIS. (*Id.*) ¡Pero si no hay un tiesto donde traerla. Ah, sí, voy por ella. (*Sale con prontitud por la puerta derecha, volviendo á poco con un vaso y un plato.*)

PEDRO. ¡Ay! ¿viene el agua?

RAF. Han ido por ella. ¿Dónde recibió usted el golpe?

PEDRO. Qué sé yó, en todo el cuerpo. Pero ese agua...

RAF. (*Dirigiéndose á la puerta derecha.*) Sí señor. Santiago, Santiago. ¡Vaya un posma!

LUIS. (*Entrando con el vaso de agua.*) No grite usted tanto, señor, ya está aquí el agua.

PEDRO. Venga. (*Tomando el vaso y bebiendo.*)

RAF. Bébala usted toda.

LUIS. Sí, que está muy fresca.

RAF. (*Ap. á Luis.*) ¿Dónde encontraste ese vaso?

LUIS. (*Ap. á Rafael.*) En la despensa de la vecina.

RAF. (*Id.*) ¿Te lo vió tomar?

LUIS. (*Id.*) Creo que nó.

PEDRO. Este refresco me ha dado la vida.

ESCENA VI.

DICHOS. María, entrando furiosa por la puerta derecha.

MARIA. ¡Pero es posible!.,.

PEDRO. (*Ap.*) ¡Jesus! esa voz...

MARIA. ¡Mire usted que es mucho cuento!

LUIS. (*Ap.*) Se desplomó la casa.

MARIA. ¡Ni aun dentro de mi despensa he de tener nada seguro!

RAF. Repare usted doña María que...

MARIA. Aparte usted.

PEDRO. (*Ap.*) ¡María! (*Se levanta el cuello del gaban para no ser reconocido por ella.*)

RAF. Calma, señora, calma.

MARIA. Calma ¿eh? No quiero tener mas. Ustedes se han figurado que todos los objetos de mi casa son comunes.

RAF. (*Ap. á María.*) Por Dios, doña Maria, que no estamos solos, que la está á usted oyendo mi tio el señor marqués.

MARIA. Qué marqués, ni qué alcachofa. ¡Pero ya lo adivino todo! ¿Quieren ustedes engañar á ese buen señor? Mas no lograrán su intento. (*Dirigiéndose con prontitud á Pedro; éste procura no ser reconocido por María.*) Caballero, no crea usted nada de estos infames, porque son unos ladrones...

RAF. ¡Señora!

MARIA. Ladrones, sí, que me han robado cuanto mueble útil tenia en mi casa, y ahora mismo, en mi propia cara, acaban de quitarme de mi despensa una medicina que me había costado veinte reales.

RAF. ¡Una medicina!

PEDRO. ¡Ay Dios, qué fatigas!

LUIS. Diga usted, doña María, ¿esa bebida tenia sustancias venenosas? ¿Podrá hacerle daño al que la haya tomado?

MARIA. Ya lo creo; puede hasta reventar.

PEDDO. *(Dejándose caer con abatimiento sobre el jerjon.)* ¡Jesus!

MARIA. La medicina está preparada para tomarla en pequeñas dósis.

LUIS. ¿Sí? *(Á Pedro con prontitud.)* ¿Ha bebido usted mucha?

PEDRO. *(Con abatimiento.)* Toda la que traía el vaso.

LUIS. ¿Toda? Jesus, este hombre vá á reventar.

MARIA. De seguro, porque es un vomitivo muy fuerte.

PEDRO. ¿Un vomitivo? ¡Ay!

LUIS. *(Incómodo.)* Pero condenada mujer, ¿quién le manda á usted tener sustancias venenosas á vista de todo el mundo?

MARIA. *(Más incómoda.)* Hombre de Lucifer, ¿y á usted quien le manda tomar de mi despensa lo que no le corresponde? Voy ahora mismo á dar parte á la policia, porque yo no cargo con ese muerto. *(Váse con prontitud por la puerta derecha.)*

ESCENA VII.

LUIS, RAFAEL y PEDRO.

LUIS. Ni yó.

RAF. Yó tampoco. *(Queriendo salir ambos por la puerta derecha é impidiéndose mútuamente la salida.)*

LUIS. Tú solo tienes la culpa de lo que está pasando.

RAF. Yó, ¿y por qué?

LUIS. Por traer engañado á ese hombre hasta esta

casa; y deja que se presente el juez á tomarnos declaracion, ya verás lo que le digo.

RAF. (*Queriendo salir.*) Es que yo no aguardo á que llegue el juez.

LUIS. (*Deteniéndolo.*) Que no te muevas de aquí.

PEDRO. (*Poniéndose de pié y andando con alguna dificultad hácia la mesa.*) ¡Por Dios, señores, préstenme ustedes algunos socorros.

RAF. Tiene razon. Voy por un médico. (*Quiere salir.*)

LUIS. (*Deteniéndolo.*) Aquí no hace falta médico, es mas necesaria la medicina. Voy por aceite. (*Vá á salir.*)

RAF. (*Deteniéndolo.*) ¿De dónde vas á sacar ese aceite?

LUIS. De la despensa de la vecina.

PEDRO. ¡De ahí nó, aceite nó; yo no tomo nada de esa despensa! ¡Un médico!

RAF. ¿Oyes? ¡Quiere un médico! Voy por él (*Id.*)

LUIS. Nada, aquí quieto; si ahorcan á uno, que ahorquen á los dos. (*Pedro habrá llegado con alguna dificultad hasta el centro de la habitacion y sintiéndose atacado de un nuevo vértigo, se apoya en la mesa y cae, rodando con gran estrépito las tablas, los bancos y la botella con la luz, quedando la escena completamente oscura. Al sentir el estrépito Luis y Rafael se abrazan y caen postrados de rodillas.*)

PEDRO. (*Al caer.*) ¡Dios me valga! (*Queda aturdido y como muerto hasta que lo indique el diálogo.*)

LUIS. ¡Jesus!

RAF. ¡Se murió! (*Caen.*)

LUIS. ¡Dios te haya perdonado!

RAF. Ese hombre es un mártir.

LUIS. Y de los de más categoria; por eso su muerte ha sido sonada, ruidosa, estrepitosa...

RAF. Luis, ya nos dieron el destino.

LUIS. Y bueno; porque ahora, con la caida, será probable que ese infeliz se haya hecho alguna contusion y al verla el juez creerá que nosotros lo hemos matado así, á puñetazos.

RAF. ¡Qué porvenir, qué cuadro mas horroroso se nos presenta! En primer término veo las puertas del Saladero.

LUIS. Y yo en el fondo de ese cuadro, que es muy oscuro, veo al verdugo.

RAF. ¡Qué horror! ¿Y qué hacemos ahora?

LUIS. (*Levantándose ambos.*) Ahora y luego huir, y siempre huir, como el Judio Errante.

RAF. Tienes razon. ¿Y á dónde vamos?

LUIS. A la calle, á Portugal, á los Estados-Unidos ó separados, á Pampangas, á los infiernos, antes que nos *atrapen.*

RAF. Pues vamos. (*Se dirigen ambos con precaucion hácia la puerta derecha. Al llegar á ella María entra con un belon encendido; al verla, Luis y Rafael retroceden asustados, tropiezan con Pedro y caen.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARIA por la puerta derecha con un belon encendido.

MARIA. ¿A dónde van ustedes?

LUIS. ¡Jesus!

RAF. ¡Dios me asista!

MARIA. ¿Están ustedes condenados? ¿Qué alboroto ha sido este?

LUIS. (*Levantándose; Rafael tambien.*) Doña María, ya murió el del vomitivo, era bueno.

MARIA. ¡Qué ha de haber muerto!

LUIS. Sí señora, aproxime usted la luz. Véalo.

MARIA. ¡Qué miro! A ver, tome usted el belon, que voy á sacarle los ojos á ese infame. (*Queriendo acometer á Pedro.*)

LUIS. (*Deteniéndola.*) Quieta, señora; si ya le ha sacado usted el alma con su vomitivo, ¿qué más quiere usted hacerle?

MARIA. ¡Descuartizarlo!

LUIS. ¿Pero es posible, doña María, que quiera usted llevar su rencor hasta con un cadáver, por el solo hecho de haberse bebido grátis la medicina?

MARIA. Hasta en eso ha tenido suerte ese canalla,